KIM STANLEY ROBINSON

2312

Minotauro

minotauro

Prólogo

El sol siempre está a punto de alzarse. Mercurio orbita con tal lentitud que puedes andar lo bastante rápido por su superficie rocosa para mantenerte por delante del amanecer, como hace no poca gente. Son muchos quienes han hecho de eso su modo de vida. Caminan más o menos hacia poniente, manteniéndose siempre un paso por delante de la gloriosa mañana. Los hay que aprietan el paso de un sitio a otro, deteniéndose para mirar en las grietas donde con anterioridad han inoculado metalofitas, raspando con rapidez cualquier residuo acumulado de oro, tungsteno o uranio. Aunque la mayoría sale a vislumbrar un atisbo de sol.

La antigua superficie de Mercurio es tan irregular y está tan castigada que el terminador del planeta, la zona que separa la noche del día, está formada por un amplio abanico de claroscuros, huecos negros como el carbón salpicados por brillantes motas elevadas, que crece y crece hasta que el terreno reluce como cristal fundido, momento en que da comienzo una larga jornada. No es extraño que esta zona, que es mezcla de sol y sombra, alcance los treinta kilómetros de ancho, a pesar de que a nivel del suelo no puedan vislumbrarse a lo lejos más que unos pocos kilómetros. En Mercurio escasea el terreno nivelado. Todos los antiguos impactos siguen allí, y algunos de los altos acantilados que se remontan a cuando el planeta se enfrió antes de encogerse. Es un paisaje tan arrugado, que la luz puede lanzar de pronto destellos en el horizonte oriental y hacerlo en el occidental para que destaque algún punto concreto. Todos los que recorren su superficie tienen que ser conscientes de esta posibilidad, saber cuándo y dónde se producen las llamaradas más largas, y cuándo deben ponerse a cubierto si los encuentra a la intemperie.

Si se quedan lo hacen a sabiendas, porque son muchos los que hacen una pausa en sus largas caminatas, en determinados riscos y bordes de cráteres, en lugares señalados por estupas, pe-

Minotauro

troglifos, inuksuit, espejos, paredes y goldsworthies. Los caminantes solares permanecen en esos lugares, vueltos hacia el este, esperando.

El horizonte que contemplan es el espacio negro sobre la negra roca. La delgadísima atmósfera de neón y argón, visible por el polvo de roca que levanta la luz solar a su paso, queda suspendida de manera que retiene la promesa del fulgor que precede al alba. Pero los caminantes solares son conscientes de la hora, así que esperan y observan... hasta que...

sobre el horizonte hay movimiento de ígneos delfines anaranjados

y la sangre les hierve en su interior. Les siguen más cortinas breves de luz, destellos ondulados que se separan para flotar a su aire en el firmamento. ¡Estrella, oh, estrella, a punto de romper sobre los caminantes! Han oscurecido ya el visor, polarizado para protegerse la vista.

Las cortinas anaranjadas divergen a izquierda y derecha desde el punto en que aparecieron por primera vez, como cuando un incendio que se declara más allá del horizonte se extiende hacia el norte y hacia el sur. A continuación, un corte de la fotosfera, la propia superficie del sol, parpadea inmóvil antes de derramarse lentamente por los laterales. Dependiendo de los filtros ajustados del visor, la superficie de la estrella puede oscilar entre un torbellino azul y la masa palpitante y naranja, pasando por un simple círculo blanco. El derrame a izquierda y derecha sigue extendiéndose, más lejos de lo que parece posible, hasta que resulta obvio que uno se encuentra en un pedazo de roca situado junto a una estrella.

¡Ha llegado el momento de darse la vuelta y correr! Pero para cuando algunos de los caminantes solares logran zafarse, están aturdidos, tropiezan, caen, se levantan y corren a poniente presa de un pánico sin parangón.

Antes de que eso suceda, una última mirada a la salida del sol en Mercurio. En el ultravioleta es una mueca perpetua, azul, de calor y más calor. A oscuras, el disco de la fotosfera, la danza fantástica de la corona, adquiere mayor claridad, todos los arcos magnetizados y los cortocircuitos, las masas de ardiente hidrógeno proyectadas hacia la noche. Aunque también se puede tapar la corona, y mirar únicamente la fotosfera solar, e incluso aumentar la imagen de la misma hasta que las quemaduras que coronan las células de convección quedan al descubierto y se cuentan por millares, todas y cada una de ellas nubarrones de un

Minotauro

fuego que arde con furia, consumiendo juntas cinco millones de toneladas de hidrógeno por segundo, lo que significa que aún lo harán otros cuatro billones de años. Todos estas largas espículas de fuego vuelan unidas, trazando trayectorias circulares en torno a los puntos negros, diminutos, que conforman las manchas solares, remolinos cambiantes de las tormentas ígneas. Masas de espículas que flotan juntas como lechos de alga marina sacudidos por la fuerza del oleaje. Existen explicaciones no biológicas que justifican este convulso vaivén: gases distintos que se desplazan a diferente velocidad, campos magnéticos que fluctúan constantemente, dando forma a los infinitos torbellinos de fuego. Pero no es más que simple física, nada más que eso, a pesar de lo cual parece vivo, más que muchos seres vivos. Mirándolo en el apocalipsis del amanecer mercuriano, resulta imposible creer que no esté vivo. Te ruge en los oídos. Te habla.

Con el tiempo, la mayoría de los caminantes solares prueban los diversos filtros de visión de que disponen, hasta alcanzar la combinación que más se ajusta a sus preferencias. Los filtros particulares, o secuencias de filtros, adquieren tintes de formas de culto, rituales personales o compartidos con otros. Es muy fácil extraviarse en estos rituales; mientras los caminantes solares se detienen en sus puntos, atentos, no es raro que los devotos se queden hipnotizados por algo que capta su visión, algo particular nunca visto, algo en el pulso y en el flujo que atrapa su atención; de pronto el chisporroteo de los ardientes cilios se hace audible, un estruendo turbulento que es el de tu propia sangre que te retumba en los oídos, pero en esos instantes suena como si el sol te quemara. Y los hay que se quedan más de la cuenta. Algunos sufren quemaduras de retina, otros se quedan ciegos, los hay que mueren sin más, traicionados por un traje de vacío incapaz de soportarlo. Los hay que se queman en grupos compuestos por una docena o más.

¿Los tachas de insensatos? ¿Crees que tú jamás habrías cometido ese error? No estés tan seguro. De veras, no tienes ni idea. No se parece a nada que hayas visto. Puedes creerte inmune, pensar que nada fuera de tu mente puede interesarte, tan sofisticado y sabio como eres. Pero te equivocarías. Eres hijo del sol. Su belleza y su terror, contemplados tan de cerca, bastan para vaciarte la mente, para poner en trance al más pintado. Los hay que dicen que es como ver la cara de Dios, y es verdad que el sol alimenta a todos los seres vivos del sistema solar, y que en ese aspecto es como nuestro dios. La visión del mismo basta para

Minotauro

vaciarte la mente. Ése es precisamente el motivo de que la gente salga en su busca.

De modo que existen motivos para preocuparse por Cisne Er Hong, más proclive que muchas otras personas a probar cosas nuevas. Sale a menudo a hacer de caminante solar, y cuando lo hace bordea el límite de la seguridad, y a menudo permanece más de la cuenta en la luz. Las inmensas escaleras de Jacobo, el latido granulado, el flujo de las espículas... Se ha enamorado del sol. Lo adora; tiene en su cuarto un altar a Sol Invictus, realiza la ceremonia pratahsamdhya, el saludo al sol, cada mañana que despierta estando en la ciudad. Buena parte de su obras paisajísticas y de performance las dedica al sol, y últimamente pasa la mayor parte de su tiempo haciendo goldsworthies y abramovics en su cuerpo y en la tierra, de modo que el sol forma parte de su arte.

Ahora también es su consuelo, porque ha salido a llorar una pérdida. Si hubiese alguien de pie en el paseo que corona ese imponente muro llamado Alba de Terminador, podría verla ahí, al sur, cerca del horizonte. Debe apresurarse. La ciudad se desliza sobre sus raíles en el fondo de un hoyo gigante situado entre Hesíodo y Kurasawa, y un torrente de luz solar no tardará en desparramarse sobre poniente. Cisne tiene que alcanzar la ciudad antes de que eso suceda, a pesar de lo cual sigue allí de pie, inmóvil. Desde la parte superior del Alba de Terminador parece un juguete argénteo. Su traje de vacío incluye un enorme casco con forma de burbuja, las botas se antojan grandes, negras y cubiertas de polvo. Es como una plateada hormiguita con botas que se lamenta en lugar de apresurarse a la plataforma de embarque situada al oeste de la ciudad. Los demás caminantes solares se apresuran de regreso. Algunos empujan los carros donde llevan las provisiones, eso cuando no se sirven de ellos para transportar a un compañero dormido. Han calculado con precisión la hora de volver, ya que la ciudad siempre se muestra predecible. No pueden apartarse de su horario; el calor del día incipiente dilata los raíles, y el chasis de la urbe se sustenta sobre ellos, así que la luz del sol empuja la ciudad hacia poniente.

Los caminantes solares que regresan atestan la plataforma de carga mientras la urbe se le acerca. Algunos llevan fuera semanas, o incluso los meses necesarios para hacer la circunvalación. Cuando la ciudad se deslice ante ellos, las puertas se abrirán y podrán adentrarse en ella.

Eso sucederá pronto, por tanto Cisne también tendría que estar allí, a pesar de lo cual sigue de pie en su promontorio. Más de

Minotauro

una vez ha necesitado intervenciones de retina, y a menudo ha tenido que correr como una liebre para salvar la vida, tal como ha de suceder de nuevo. Está al sur de la ciudad, iluminada de lleno por rayos horizontales, como una mota de plata en el campo visual. Por mucho que quieras evitarlo, esa muestra de temeridad te empuja a vocearle algo, por inútil que sea el gesto. ¡Cisne, no seas idiota! ¡Alex ha muerto y ya no hay nada que hacer! ¡Vamos, corre! ¡Salva la vida!

Y entonces lo hace. La vida se impone a la muerte, es el deseo de vivir. Se da la vuelta y corre como alma que lleva el diablo. La gravedad de Mercurio, casi exactamente la misma que la de Marte, se conoce a menudo por el nombre de «g perfecta» por la velocidad que imprime, ya que quienes están acostumbrados a ella pueden cubrir grandes distancias dando saltos gigantes, sacudiendo los brazos para mantener el equilibrio mientras lo hacen. Así es como Cisne se mueve y agita los brazos en el aire, incluso una vez tropieza y cae de morros, pero tras levantarse da un nuevo brinco hacia delante. Tiene que alcanzar la plataforma mientras la ciudad siga a su lado, porque la siguiente oportunidad se encuentra a diez kilómetros de distancia al oeste.

Llega a la escalerilla de la plataforma, aferra el pasamano y da un salto para llegarse al extremo opuesto, hacia la escotilla que está a medio cerrar.

Minotauro

CISNE Y ALEX

El servicio fúnebre de Alex empezó cuando Cisne subía la imponente escalera principal de Terminador. La población de la ciudad había salido a los bulevares y plazas, y aguardaba de pie en silencio. Había también un montón de visitantes, ya que iba a celebrarse en breve una conferencia que precisamente había organizado ella. Alex los había recibido un viernes, y al viernes siguiente se disponían a acudir a su funeral. Un colapso repentino, tras el cual habían sido incapaces de revivirla, por eso en ese instante los ciudadanos, así como los visitantes diplomáticos, todas gentes afines a Alex, lamentaban su pérdida.

Cisne se detuvo a media altura del Alba de Terminador, incapaz de seguir adelante. Bajo los tejados, los balcones y las terrazas. Los limoneros en sus enormes macetas de cerámica. Un contorno curvo como una Marsella de juguete, con bloques de blancos apartamentos de cuatro plantas, balcones con hierro negro, amplios bulevares y angostos callejones que desembocaban en un paseo que da al parque. Estaba lleno a rebosar de gente, expectante ante ella, cada rostro intenso por sí mismo, al tiempo que también representaba una tipología: esferoide Olmec, pala, pico. Vio en un balcón a tres pequeños que no debían de superar el metro de altura, vestidos todos de negro. Al pie de la escalera se arremolinaban los caminantes solares que acababan de llegar, quemados y polvorientos. Al verlos, Cisne sintió un intenso dolor. Incluso los caminantes solares habían acudido.

Tomó otro tramo de escalera y siguió bajando. En cuanto había oído la noticia se apresuró a abandonar la ciudad, empujada por la necesidad de aislarse. En este momento no podía soportar que nadie la viera cuando esparcieran las cenizas de Alex, y tampoco quería ver a Mqaret, el compañero de Alex. Así que saldría al parque y se sumaría a la multitud, cuyos integrantes seguían inmóviles, mirando a lo alto, afligidos, apoyándose entre

Minotauro

sí. Había mucha gente que había confiado en Alex. El León de Mercurio, el centro de la ciudad, alma del sistema. La que te protegía y ayudaba.

Algunos reconocieron a Cisne, pero la dejaron en paz; eso le resultó más conmovedor que cualquier muestra de condolencias, y las lágrimas le humedecieron el rostro, de modo que tuvo que secárselas con los dedos repetidas veces. Entonces alguien la detuvo.

–¿Eres Cisne Er Hong? ¿Alex era tu abuela?

–Era todo mi mundo. –Cisne le dio la espalda y se alejó. Pensó que encontraría la granja vacía, así que abandonó el parque y vagabundeó entre los árboles. Los altavoces de la ciudad proyectaban una marcha fúnebre. Junto a unos arbustos vio un ciervo que olisqueaba unas hojas caídas.

Aún no había llegado a la granja cuando se abrió la Gran Puerta del muro del Alba de Terminador y el sol penetró el ambiente bajo la cúpula, trazando la habitual pareja de translúcidas y horizontales franjas amarillas. Se concentró en las ondulaciones que había en el interior de las franjas, el talco que arrojaban al abrir las puertas, partículas brillantes que flotaban juntas hasta dispersarse. Luego se alzó un globo desde las terrazas más altas que había bajo el muro, y se alejó flotando en dirección oeste con el cestito colgando debajo. Alex. Cómo era posible. La música adquirió una tonalidad desafiante a través de los altavoces. Cuando el globo alcanzó una de las franjas de luz amarilla, el cesto explotó con un ruido ahogado, y las cenizas de Alex flotaron lejos de la luz y se fundieron con el ambiente de la ciudad, haciéndose invisibles a medida que descendieron, como una lluvia de virga en el desierto. Se alzó un rugido procedente del parque, el estruendo de los aplausos. Brevemente algunos jóvenes corearon «¡Alex, Alex, Alex!». El aplauso duró un par de minutos, y adaptó un ritmo propio cuyo recuerdo sobrevivió algo más en el tiempo. La gente no quería marcharse, de algún modo eso habría supuesto el final, puesto que a partir de ese instante la perderían para siempre. Pero al cabo abandonaron, dispuestos a emprender la fase postAlex de sus vidas que se les avecinaba.

Tenía que subir y reunirse con el resto de los familiares de Alex. Gruñó sólo de pensarlo, vagabundeando por la granja. Finalmente subió la escalera principal, casi a ciegas, tensa, deteniéndose en una ocasión para decir «No, no, no» unos instantes. Pero hacerlo no tenía sentido. De pronto lo comprendió: cualquier cosa que

Minotauro

hiciera no tendría sentido. Se preguntó cuánto duraría esa sensación, porque se le antojó eterna, y experimentó una intensa punzada de temor. ¿Qué tenía que cambiar para que desapareciese?

Al cabo de un rato logró recuperarse y subió hasta la zona habilitada para el funeral privado en el muro del Alba. Tuvo que saludar a todos los más allegados a Alex, y tendría que dar a Mqaret un abrazo fugaz, además de soportar la expresión de su rostro. Pero vio que no estaba en casa, lo cual no era propio de él. Sin embargo, comprendió el motivo de que se hubiera alejado, lo que supuso un alivio para ella. Cuando pensó que Mqaret había estado mucho más cerca de Alex que ella, cuánto tiempo había pasado con él, y hasta qué punto habían sido compañeros, no pudo ni imaginarse lo que debía de suponer para él. O tal vez sí lo hacía. Así que Mqaret afrontaba otra realidad desde alguna otra realidad, como si le extendiera cierta cortesía. Podría abrazarlo, y prometer que lo visitaría más adelante, y después ir a mezclarse entre los demás en la terraza más alta del muro del Alba, para más tarde dirigirse a la barandilla y ver la ciudad desde lo alto, y mirar hacia la burbuja transparente y contemplar el paisaje oscuro que se extendía más allá. Rodaban a través del cuadrante Kuiper, y a la derecha reparó en el cráter Hiroshige. Una vez, hacía tiempo, había llevado a Alex a la falda del Hiroshige para que la ayudara con uno de sus goldsworthies, una ola pétrea que constituía un homenaje a las imágenes más famosas del artista japonés. Equilibrar la roca que coronaría la ola rompiente supuso para ellas un sinfín de esfuerzos infructuosos, y, tal como sucedía a menudo con Alex, Cisne había terminado riendo con tal fuerza que le dolió el estómago. Reparó en la ola de roca, que seguía ahí fuera, visible desde la ciudad. Sin embargo, las rocas que conformaron la cresta habían desaparecido, quizá derribadas por la vibración de la ciudad al pasar, o simplemente debido al impacto de la luz solar. Tal vez se hubieran caído al enterarse de la noticia.

Al cabo de unos días fue a visitar a Mqaret en su laboratorio. Era uno de los mayores expertos en biología sintética de todo el sistema, y el laboratorio estaba repleto de maquinaria, tanques, frascos, pantallas con complejos y coloridos diagramas, la vida en toda su extensa complejidad, compuesta por parejas de esto y parejas de aquello. Allí habían emprendido la vida desde cero; habían construido muchas de las bacterias que transformaban Venus, Titán y Tritón. Que lo transformaban todo.

Minotauro

Pero nada de eso importaba ahora. Mqaret se hallaba en su oficina, sentado en su silla, con la vista clavada en la pared y sin ver nada.

Se levantó y la miró.

–Vaya, Cisne, me alegro de verte. Gracias por venir.

–No se merecen. ¿Cómo te encuentras?

–No muy bien. ¿Y tú?

–Fatal –admitió Cisne, sintiéndose culpable; lo último que quería era sumar más pesares a la carga que soportaba Mqaret, pero en un momento así no tenía sentido mentir. Él se limitó a asentir, inmerso en sus propios pensamientos. Cisne reparó en que apenas estaba presente. Los cubos del escritorio proyectaban representaciones de proteínas, cuyos falsos colores brillantes se habían enmarañado sin posibilidad de desentrañarlos. Había intentado trabajar.

–Te costará concentrarte –dijo ella.

–Sí, claro.

Después de un silencio, Cisne preguntó:

–¿Sabes qué le pasó?

Él negó con la cabeza rápidamente, como si no tuviera importancia.

–Tenía ciento noventa y un...

–Lo sé, pero aun así...

–Aun así ¿qué? Nos hacemos añicos, Cisne. Tarde o temprano nos hacemos añicos.

–Me preguntaba por qué...

–No. No hay un porqué.

–Entonces, un cómo...

Su interlocutor negó de nuevo con la cabeza.

–Puede deberse a cualquier cosa. En este caso, a un aneurisma en un punto crucial del cerebro. Pero hay tantos modos. Yo diría que es todo lo contrario y que lo realmente asombroso es que estemos vivos.

Cisne se sentó en el borde del escritorio.

–Lo sé. Entonces... ¿Qué vas a hacer ahora?

–Trabajar.

–Pero si acabas de decir que...

La miró desde el interior de la cueva en la que se encontraba.

–No he dicho que no haya servido de nada. Eso no sería justo. En primer lugar, Alex y yo pasamos setenta años juntos. Y nos conocimos cuando yo tenía ciento treinta. De modo que ahí lo tienes. Además, mi trabajo me interesa, igual que lo haría un

Minotauro

rompecabezas. Es un rompecabezas inmenso. Demasiado, de hecho. –Y entonces calló y guardó silencio un rato. Cisne le puso la mano en el hombro. Él hundió el rostro en las manos. Cisne siguió sentada a su lado y mantuvo la boca cerrada. Él se frotó los ojos con fuerza, y le cogió la mano.

–No habrá manera de vencer a la muerte –dijo al cabo–. Es demasiado grande. Es el curso natural de las cosas. Básicamente, la segunda ley de la Termodinámica. Sólo podemos aspirar a prevenirla. A empujarla a la retirada. Bastaría con eso. No sé por qué no lo hace.

–¡Porque no logra más que empeorar las cosas! –se quejó Cisne–. ¡Cuanto más se vive, peor es!

Negó con la cabeza y volvió a secarse los ojos.

–No creo que eso sea cierto. –Exhaló un largo suspiro–. Siempre es malo. Aunque son quienes siguen vivos quienes lo sienten, y por tanto... –Se encogió de hombros–. Creo que lo que dices es que ahora parece una especie de error. Alguien muere, nos preguntamos por qué. No habría una forma de evitarlo. Y a veces la hay, pero...

–«¡Es una especie de error!» –protestó Cisne–. ¡La realidad ha cometido un error, y tú te has propuesto enmendarlo! –Señaló las pantallas y los cubos–. ¿Me equivoco?

Él reía y lloraba al mismo tiempo.

–¡Exacto! –exclamó, sorbiendo y limpiándose la cara–. Es una bobada. Me refiero a que es un sinsentido pretender enmendar la realidad.

–Pero es bueno –dijo Cisne–. Sabes que sí. Te dio setenta años con Alex. Y te sirve para matar el tiempo.

–Eso es verdad. –Lanzó de nuevo un hondo suspiro y levantó la vista para mirarla–. Pero... las cosas no serán lo mismo sin ella.

Cisne sintió que la desolación de aquella verdad le inundaba el ser. Alex había sido su amiga, protectora, maestra y abuela política, le había hecho de madre, todo eso además de constituir una fuente inagotable de felicidad. Su ausencia daba pie a una frialdad, la anulación de las emociones, creando tras de sí un erial donde reinaba una profunda tristeza. Movimiento y pensamiento insensibles. Aquí estoy. Esto es la realidad. Nadie escapa a ella. No puedo seguir adelante, pero debo hacerlo; ellos nunca fueron más allá de ese momento.

Por tanto siguieron adelante.

Minotauro

Llamaron a la puerta exterior del laboratorio.

–Adelante –dijo Mqaret con la voz tensa.

Se abrió la puerta y se recortó en la entrada una figura menuda, muy atractiva a la manera que tienen los pequeños de serlo, avejentada, delgada, con una coleta de pelo rubio y una informal chaqueta azul, que llegaba a la cintura de Cisne y Mqaret, y que levantaba la vista hacia ellos como un langur o tití común.

–Hola, Jean –saludó Mqaret–. Cisne, te presento a Jean Genette, de los asteroides, que ha venido aquí para tomar parte en la conferencia. Jean era buena amiga de Alex, investiga ahí fuera para la Liga, y por tanto tiene algunas preguntas que hacernos. Le comenté que tal vez te dejarías caer por aquí.

La mujer menuda inclinó la cabeza para saludar a Cisne, llevándose la mano al corazón.

–Mis más sinceras condolencias por tu pérdida. No sólo he venido a dártelas, sino a decirte que somos unos cuantos los que estamos preocupados, puesto que Alex era parte integral de nuestros proyectos más importantes, y su muerte no ha podido ser más inesperada. Queremos asegurarnos de que dichos proyectos sigan adelante, y, para ser sincera, algunos queremos cerciorarnos de que su muerte se debió a causas naturales.

–Aseguré a Jean que así es –dijo Mqaret a Cisne, al ver la cara que ésta había puesto.

Genette no parecía muy convencida de ello.

–¿Mencionó Alex en alguna ocasión que tuviese enemigos, que hubiera recibido amenazas, que corriese peligro? –preguntó a Cisne la mujer menuda.

–No –respondió ésta, esforzándose por recordar–. No era esa clase de persona. Me refiero a que siempre fue muy positiva, de las que confían que todo acaba por resolverse.

–Lo sé. Totalmente de acuerdo con eso. Pero insisto, quizá precisamente por ese motivo recuerdes si mencionó alguna vez algo que se apartase de su optimismo habitual.

–No. Ahora mismo no recuerdo nada por el estilo.

–¿Hizo testamento u os legó alguna cosa? ¿Dejó un mensaje? ¿Algo que leer en caso de que falleciera?

–No.

–Teníamos un seguro, pero no podría ser más convencional –explicó Mqaret, negando con la cabeza.

–¿Te importaría si doy un vistazo en su despacho?

Alex tenía su estudio en un cuarto situado en un extremo del laboratorio de Mqaret, quien asintió y condujo a la pequeña

Minotauro

inspectora por el pasillo hasta llegar a la puerta. Cisne los siguió, sorprendida de que Genette estuviera al corriente de la existencia del despacho de Alex, sorprendida de que Mqaret se mostrase tan rápido a la hora de mostrarlo, sorprendida y molesta por aquella mención a la existencia de posibles enemigos, de las «causas naturales» y lo contrario de lo que implicaban. ¿El fallecimiento de Alex, investigado por una especie de agente de policía? Era incapaz de comprender a qué venía todo aquello.

Mientras permanecía sentada en el vestíbulo, intentando hacerse a la idea, Genette efectuó un registro concienzudo del despacho de Alex, abriendo cajones, descargando archivos, barriendo con una vara gruesa todas las superficies y objetos. Mqaret observó impasible el proceso.

Finalmente, la menuda inspectora terminó y se plantó ante Cisne, a quien dedicó una mirada cargada de curiosidad.

Como Cisne estaba sentada en el suelo, ambas se miraron a los ojos. La inspectora parecía a punto de formular una nueva pregunta, pero se la guardó. Finalmente, dijo:

–Si recuerdas cualquier cosa que creas que pueda serme de ayuda, te agradecería mucho que me la comunicaras.

–Por supuesto –dijo Cisne, algo incómoda.

Seguidamente la inspectora dio las gracias a ambos y se despidió.

Minotauro

–¿A qué venía todo esto? –preguntó Cisne a Mqaret.

–Ni idea –respondió.

Cisne reparó en que él también estaba molesto.

–Sé que Alex estaba metida en asuntos de índole diversa. Ha sido una de las cabecillas del Acuerdo Mondragón desde los inicios, y cuentan con muchos enemigos ahí fuera. Sé que la preocupaban algunos problemas del sistema, pero no me dio detalles. –Señaló el laboratorio con un gesto–. Sabía que no me interesarían tanto. –Torció el gesto, desaprobador–. Que tenía mis propios quebraderos de cabeza. No solíamos hablar de nuestros respectivos trabajos.

–Pero... –empezó diciendo Cisne, que no sabía cómo continuar–. Pero... ¿Enemigos? ¿Alex?

Mqaret suspiró.

–No sé. En algunos de estos asuntos las apuestas eran muy altas. Ya sabes que existen fuerzas que se oponen al Mondragón.

–Aun así...

–Lo sé. –Y añadió tras hacer una pausa–: ¿Te ha dejado algo?

–¡No! ¿Por qué iba a hacerlo? Me refiero a que no tenía planeado morirse.

–Poca gente lo hace. Pero si estaba preocupada por la seguridad, por la integridad de cierta información, entendería que pudiera considerarte una especie de refugio.

–¿Qué quieres decir?

–¿Cabe la posibilidad de que introdujera algo en tu qubo sin decírtelo?

–No. Pauline es un sistema cerrado. –Cisne se tanteó la parte posterior de la oreja derecha–. Últimamente la llevo apagada. Además Alex no haría algo parecido. No hablaría con Pauline sin pedirme antes permiso, estoy segura de eso.

Mqaret exhaló un nuevo suspiro.

–Pues no sé. A mí tampoco me dejó nada, al menos que yo sepa. Quiero decir que sería muy propio de Alex confiarnos algo sin decírnoslo. Pero de momento no ha salido nada a la superficie. Yo qué sé.

–¿La autopsia reveló algo inusual? –preguntó Cisne.

–¡No! –exclamó Mqaret, que meditó sus siguientes palabras–. Sufrió un aneurisma cerebral, probablemente congénito, que causó una hemorragia intraparenquimal. No es algo tan raro.

–Si alguien hubiera hecho algo para... causar una hemorragia, ¿serías capaz de apreciarlo? –preguntó Cisne.

Mqaret se quedó mirándola con el entrecejo arrugado.

Entonces oyeron que alguien llamaba de nuevo a la puerta del laboratorio. Cruzaron la mirada, compartiendo la emoción. Mqaret se encogió de hombros; no esperaba a nadie.

–¡Adelante!

Al abrirse la puerta asomó algo que podía definirse como todo lo contrario de la inspectora Genette: un hombretón. Prognato, de hermosas, abundantes y redondas nalgas, de ojos saltones: rana, sapo, tritón; incluso las mismas palabras que lo definían se antojaban feas. Cisne pensó un instante en el hecho de que la onomatopeya podía ser más común de lo que reconocía la gente, pues sus lenguas reverberaban en el mundo como el canto de las aves. Cisne tenía un pellizco de alondra en su cerebro. Sapo. Una vez vio un sapo en una amazonia, sentado a orillas de un estanque, con la húmeda piel verrugosa pintada de oro y bronce. Le había gustado el aspecto que tenía.

–Ah, Wahram –saludó Mqaret–. Bienvenido a nuestro laboratorio. Cisne, te presento a Fitz Wahram, de Titán. Era uno de

Minotauro

los socios de Alex más queridos, y no exagero si digo que una de sus personas favoritas.

Cisne, algo sorprendida de que hubiese alguien tan afín a Alex sin que ella hubiera oído hablar de él, miró ceñuda al hombre.

Wahram inclinó la cabeza para dar pie a un saludo distraído, distante. Acto seguido se llevó la mano al corazón.

–Lo siento mucho –dijo. Fue el canto propio de una rana–. Alex significaba mucho para mí, y no sólo para mí, sino para muchos de nosotros. La quería, y fue una figura crucial en la labor que llevamos juntos a cabo. Cuando pienso en la tristeza que siento, soy incapaz de ponerme en tu lugar.

–Gracias –dijo Mqaret. Qué peculiares las palabras que se dice la gente en este tipo de situaciones. Cisne no podía pronunciar ninguna de ellas.

Se trataba de alguien que había sido del agrado de Alex. Cisne se tanteó la piel de la parte posterior de la oreja derecha, activando el cubo, que había apagado como castigo. Pauline la pondría al corriente de todo susurrándole al oído con voz suave. Últimamente, Cisne se había enfadado a menudo con Pauline, pero de pronto quería información.

–¿Qué pasará con la conferencia? –preguntó Mqaret.

–Hemos llegado al acuerdo unánime de posponerla y celebrarla de nuevo en una fecha futura. Ahora nadie está de humor para eso. Nos despediremos y reuniremos más adelante, probablemente en Vesta.

Ah, claro. Sin Alex, Mercurio ya no sería un lugar de reunión. Mqaret asintió al escucharlo, nada sorprendido.

–Así que vuelves a Saturno.

–Sí, pero antes de que me vaya, tengo curiosidad por saber si Alex me ha dejado algo. Información, datos, algún tipo de mensaje.

Mqaret y Cisne cruzaron la mirada.

–No –dijeron ambos a una. Mqaret hizo un gesto para restar importancia al hecho, y procedió a explicarse–. Verás, es que la inspectora Genette acaba de preguntarnos lo mismo.

–Ah. –El hombre sapo les observó con los ojos muy abiertos.

En ese momento entró en la sala uno de los colaboradores de Mqaret, a quien pidió ayuda. Mqaret se disculpó, y Cisne se vio a solas con la visita y sus preguntas.

El hombre sapo era enorme: ancho de hombros, pecho hinchado, un vientre considerable. Paticorto. La gente es rara. Sacudió la cabeza y dijo con voz grave, ronca, una voz hermosa, tuvo

Minotauro

que admitir Cisne, parecida al croar de las ranas, cierto, pero relajada, profunda, musical, similar a un bajo o un saxo tenor:

–Siento mucho tener que molestaros en un momento así. Querría que nos hubiéramos conocido en otras circunstancias. Soy un gran admirador de tus instalaciones paisajísticas. Cuando supe que eras pariente de Alex, le pregunté si sería posible conocerte. Quería decirte cuánto admiro tu pieza del cráter Rilke. Es realmente hermosa.

A Cisne le sorprendió aquello. En Rilke había levantado un círculo de piedras-T Göbekli, que parecía muy contemporáneo a pesar de inspirarse en algo que tenía diez mil años de antigüedad.

–Gracias –dijo. Por lo visto conversaba con un sapo muy instruido–. Dime una cosa, ¿por qué creías que Alex pudo dejarte un mensaje?

–Colaborábamos en un par de cosas –respondió, escurridizo, apartando la mirada.

Cisne comprendió que no quería hablarle de ello, a pesar de lo cual había ido allí a preguntar.

–Siempre hablaba muy bien de ti, en términos elogiosos. Saltaba a la vista que ambas estabais muy unidas. Bueno, no era amiga de confiar las cosas a la nube o guardarlas en cualquier formato digital, o sea, de llevar un registro de nuestras actividades en ningún soporte. Prefería el boca oreja.

–Lo sé –dijo Cisne, sintiendo una punzada en el pecho. Podía oír a Alex diciéndolo: «¡Tenemos que hablar cara a cara! ¡Para algo tenemos una!». Los intensos ojos azules. La risa. Todo había desaparecido.

El hombretón reparó en el cambio que había experimentado y le tendió una mano.

–Lo siento –dijo de nuevo.

–Lo sé. –Tras un instante de silencio, Cisne añadió–: Gracias.

Se sentó en una de las sillas de Mqaret e intentó pensar en otra cosa.

Al cabo de un rato, el hombretón dijo con su suave voz ronca:

–¿Qué vas a hacer ahora?

Cisne se encogió de hombros.

–Pues no lo sé. Supongo que volveré a la superficie. Es el lugar donde suelo... recomponerme.

–¿Me lo mostrarías?

–¿Qué?

–Te agradecería mucho que me sacaras. Quizá podrías mostrarme una de tus instalaciones. O, si no te importa, sé que la

Minotauro

ciudad se acerca al cráter Tintoretto. Mi lanzadera no parte hasta dentro de unos días, y me encantaría ver el museo que hay allí. Tengo algunas dudas que no pueden responderse en la Tierra.

–¿Dudas sobre Tintoretto?

–Sí.

–Pues... –titubeó Cisne, sin saber qué decir.

–Sería una manera como otra cualquiera de matar el tiempo –sugirió él.

–Sí. –El comentario le pareció tan presuntuoso que se sintió molesta, aunque por otro lado había estado buscando algo que pudiera distraerla, algo que hacer después, y hasta el momento no se le había ocurrido nada–. Supongo que sí.

–Gracias, muchas gracias.

Minotauro

Listas (1)

Ibsen e Imhotep; Mahler, Matisse; Murasaki, Milton, Mark Twain;

Homero y Holbein, tocando los bordes;

Ovidio protagoniza el borde de un Pushkin mucho más vasto;

Goya se solapa con Sófocles.

Van Gogh toca a Cervantes, le sigue Dickens. Stravinsky y Vyasa. Lísipo. Equiano, un escritor negro del África Occidental, no situado cerca del ecuador.

Chopin y Wagner, uno junto al otro, iguales en tamaño.

Chéjov y Miguel Ángel, ambos cráteres dobles.

Shakespeare y Beethoven, cuencas gigantes.

Al-Jahiz, Al-Akhtal. Aristógenes, Ashvaghosha. Kurosawa, Lu Hsün, Ma Chih-yüan. Proust y Purcell. Thoreau y Li Po, Rummi y Shelley, Snorri y Pigalle. Valmiki, Whitman. Brueghel e Ives. Hawthorne y Melville.

Se dice que el comité de nomenclatura astronómica de la Unión Astronómica Internacional se emborrachó de lo lindo una noche en una de sus convenciones anuales, sacó un mosaico de las primeras fotografías tomadas de Mercurio, que había recibido recientemente, y la utilizó como diana, sugiriéndose nombres de pintores, escultores, compositores y escritores famosos, bautizando los dardos antes de arrojarlos sobre el mapa. Hay una escarpadura llamada Paso Pourquoi.

Minotauro

CISNE Y WAHRAM

No costaba identificar al titán, visible junto a la escotilla sur de la ciudad a la hora acordada. Tenía forma esférica, tal vez cúbica. Era tan alto como Cisne, y Cisne era bastante alta. Pelo negro, con rizos pequeños como pelo de oveja, muy corto en torno a su cabeza redonda.

Cisne se le acercó.

–Nos vamos –dijo sin más.

–Gracias otra vez por esta oportunidad.

Terminador empezó a pasar de largo por la plataforma donde se encontraba la estación de tranvía de Tintoretto. Franquearon la escotilla para acceder directamente al andén, donde aguardaba una docena de personas.

Al partir, el tranvía se desplazó a mayor rapidez que Terminador, deslizándose en dirección a poniente sobre una vía normal y corriente; pronto alcanzaron los doscientos kilómetros por hora.

Cisne identificó una colina baja y alargada en el horizonte como el cráter de Hesíodo. Wahram consultó el panel de la muñeca.

–Nos movemos entre Hesíodo y Sibelius –anunció con una sonrisa imperceptible. Los ojos saltones tenían el iris pardo, manchado de franjas radiales color negro y calabaza. El panel de la muñeca implicaba que probablemente no llevaba un qubo metido en la cabeza, y que si lo llevaba, no se trataría de una zorra empeñada en amargarle la jornada. Pauline le murmuraba cosas al oído, y cuando Wahram se levantó para mirar al otro lado del andén, Cisne murmuró:

–No me incordies, Pauline. No me interrumpas, no me distraigas.

–La exergasia es una de las figuras retóricas más débiles –opinó Pauline.

–¡Cállate!

Minotauro

Al cabo de otra hora habían sacado una ventaja considerable a Terminador, y el tranvía ascendía hasta la pared exterior del cráter Tintoretto, donde las vías llevaban a un túnel en la pared desigual formada por antiguos restos. Cuando salieron del tranvía, se anunció que faltaban dos horas para que emprendiera el regreso a la ciudad. Atravesaron el vestíbulo del museo y salieron a una sala alargada con forma de arco. La curva interna de la estancia estaba cubierta por un único ventanal que proporcionaba una vista excelente del interior del cráter. Era un cráter pequeño, pero con una pared pronunciada, un hermoso espacio circular bajo las estrellas.

Pero su saturniano no parecía interesado por Mercurio. Anduvo vuelto a la pared externa de la sala, desplazándose lentamente de cuadro en cuadro. Uno tras otro, fue plantándose delante de todos ellos, contemplándolos impasible.

El tamaño de los lienzos iba de la miniatura al mural gigantesco. La paleta del Renacimiento italiano creaba barrocas escenas inspiradas en episodios bíblicos: la última cena, la crucifixión, el paraíso y etc. Había algunos elementos característicos de la mitología clásica, como un retrato del propio Mercurio, con espléndido calzado de oro, incluidos los agujeros por los que asomaban las alas del dios. Había también muchos retratos de individuos venecianos del siglo XVI, vívidos hasta el punto de que parecían a punto de ponerse a hablar. La mayoría de las pinturas eran las originales, trasladadas a ese lugar como medida de seguridad; el resto estaba compuesto de copias tan perfectas que hubiera sido necesario un examen químico para distinguirlas de los originales. Tal como sucedía en muchos de los museos dedicados a un solo artista que había en Mercurio, el objetivo consistía en reunir toda la obra original y dejar únicamente las copias en la Tierra, con tal de combatir la constante agresión de un ambiente más volátil: oxidación, corrosión, fuego, robo, vandalismo, humedad, ácido, luz solar... Ahí, en cambio, todo estaba controlado, era benigno, seguro. O eso decían los encargados de los museos de Mercurio, porque los terráqueos no estaban tan seguros de ello.

El hombre sapo era muy lento. Se quedó un buen rato de pie delante de los cuadros, a veces con la nariz a un centímetro del lienzo. El *Paraíso* de Tintoretto medía veinte metros de ancho por diez de alto. La explicación decía que se trataba de la mayor pintura realizada en lienzo, y que estaba atestada de figuras. Wahram se alejó hasta la pared interna para pasarse mirándolo un buen rato a sus anchas, luego se acercó como solía casi hasta pegar la nariz.

Minotauro

–Qué interesante que pintase de negro las alas de los ángeles –murmuró, quebrando finalmente el silencio–. Tiene buen aspecto. Y mira esto, ¿ves cómo el contorno blanco de las alas negras de este ángel forma letras? *C H E R*, ¿lo ves? El resto de la palabra queda oculto en un pliegue. Eso quería comprobar. Me pregunto qué significará.

–¿Un código?

No respondió. Cisne se preguntó si solía reaccionar así en presencia del arte. Anadeó hacia la siguiente pintura. Era probable que estuviese canturreando. No le interesaba la opinión de Cisne, a pesar de tratarse de la opinión de una artista. Ella anduvo a su aire, atenta a los retratos. Las representaciones concurridas eran demasiado para ella, como películas épicas embutidas en un solo marco. Por otro lado, los sujetos de los retratos la miraban con expresiones que reconoció de inmediato. «Siempre soy yo, siempre soy nuevo, siempre soy yo», tal era lo que habían transmitido desde hacía ocho siglos. Hombres y mujeres. Una mujer había desnudado el pezón izquierdo, justo bajo la curva del cuello; creía recordar que en la mayoría de los periodos artísticos se trataba de un gesto transgresor. Casi todas las mujeres tenían poco pecho y eran anchas de cintura. Bien alimentadas, sin músculos; no daban el pecho a sus propios bebés, no trabajaban. Su cuerpo era propio de un miembro de la nobleza. El principio de la evolución biológica de la especie, la especiación. La Leda de Tintoretto parece mostrarse indulgente con el cisne que la viola, de hecho da la impresión de protegerlo ante la irrupción de un intruso. Cisne había sido en una o dos ocasiones el cisne de una Leda, no violentamente, por supuesto, al menos no por medio de una violencia física, y recordó que a algunas de las Ledas les había gustado. A otras, no.

Regresó junto a Wahram, que inspeccionaba de nuevo el *Paraíso*, esa vez situado tan lejos del lienzo como pudo, motivo por el cual lo miraba desde un lateral. A Cisne no dejaba de parecerle confuso, «está atestado», había dicho. Las figuras forman una pauta demasiado simétrica, y Dios y Jesucristo parecen el dux. Todo el cuadro recuerda una sesión del senado veneciano. Tal vez ése era el concepto que tenía Tintoretto del paraíso.

–Hmm.

–No estás de acuerdo. Te gusta.

–No estoy muy seguro –admitió él, apartándose unos metros de ella.

No quería hablar de ello. Cisne fue a contemplar más ve-

Minotauro

necianos. Para ella, el arte era algo que hacer, sobre todo y ante todo, y después algo de lo que hablar. Inefables respuestas estéticas, en íntima comunión con una obra, aquellas obras le parecían demasiado preciosistas. Uno de los retratados sonreía, otro intentaba contener una leve sonrisa irónica; no era para menos, porque Cisne había ido allí acompañada por un sapo. Mqaret le había dicho que Alex veneraba a ese hombre, pero dudaba que eso fuese cierto. ¿Quién era? ¿Qué era?

Una locución grave les informó de que había llegado la hora de tomar el tranvía de vuelta a Terminador, que pronto alcanzaría su longitud, igual que el sol.

–¡Oh, no! –protestó Wahram tras el anuncio–. ¡Pero si acabamos de empezar!

–Aquí hay cerca de trescientos cuadros expuestos –le recordó Cisne–. No basta con una visita. Hay que volver.

–Eso espero –dijo él–. Son magníficos. Entiendo por qué lo llamaban «Il Furioso». Debía de trabajar a diario.

–Creo que así era. Tenía un lugar en Venecia del que salía rara vez. Una tienda cerrada al público. Sus hijos le hacían de ayudantes. –Cisne lo había leído en una de las etiquetas.

–Interesante. –El sapo lanzó un suspiro y la siguió en dirección al tranvía.

En el trayecto de regreso a la ciudad pasaron junto a un grupo de caminantes solares. Su invitado despertó del ensimismamiento para mirarlos con atención.

–De modo que no pueden dejar de moverse –dijo–. ¿Cómo se las apañan para descansar, comer y dormir?

–Comemos de pie, y dormimos en carros de los que tiran los compañeros –respondió Cisne–. Nos turnamos, y así podemos seguir adelante.

Se volvió hacia ella.

–Sentís un constante acicate que os empuja a la acción. Entiendo el atractivo que posee.

A Cisne casi se le escapó la risa.

–¿Tú necesitas ese acicate constante?

–Creo que todo el mundo lo hace. ¿Tú no?

–No. En absoluto.

–Pero te unes a esos salvajes –dijo él.

–Sólo para poder hacerlo. Para contemplar la tierra y el sol. Compruebo cómo se encuentran las cosas que hice, o llevo a cabo algunas labores de minería. No necesito buscar motivos para mantenerme ocupada.

Minotauro

Cerró la boca cuando comprendió la naturaleza de ese comentario.

–Tienes suerte –dijo–. La mayoría de la gente sí lo hace.

–¿Tú crees?

–Sí. –Señaló con un gesto a los caminantes solares, a quienes dejaban rápidamente atrás–. ¿Qué pasa si topáis con un obstáculo que os impida seguir caminando a poniente?

–Hay que evitarlos. En algunos puntos han construido pequeñas rampas para superar riscos, o senderos por los que atravesar rápidamente un trecho caótico del terreno. Existen rutas establecidas. Los hay que se limitan a recorrer un limitado abanico de ellas. Los hay que las recorren todas. Otros prueban a abrir nuevas rutas. Es bastante habitual efectuar una circunnavegación completa.

–¿Tú lo has hecho?

–Sí, pero es demasiado larga para mí. Suelo estar fuera una o dos semanas.

–Comprendo.

Era obvio que no lo entendía.

–Estamos hechos para ello, ¿sabes? –añadió, de pronto, ella–. Nuestros cuerpos son nómadas. Los humanos y las hienas son los únicos depredadores que persiguen a sus presas hasta agotarlas.

–Me gusta caminar –comentó él.

–¿Y tú? ¿A qué dedicas el tiempo libre?

–Pienso –respondió él.

–¿Y te basta con eso?

Él volvió la mirada hacia ella.

–Hay mucho en lo que pensar.

–Pero ¿qué es lo que haces?

–Leer, supongo. Viajar. Escuchar música. Disfrutar de las artes visuales. –Meditó más respuestas–. Trabajo en el proyecto de Titán, que en mi opinión es muy interesante.

–Y también en la liga saturnina, eso me ha dicho Mqaret. Diplomacia del sistema.

–Sí, bueno, apareció mi nombre en la lotería y tuve que servir un tiempo, pero eso ahora está casi zanjado, y después tengo planeado regresar a Titán y volver a mi waldo.

–Y... ¿En qué trabajabais Alex y tú?

Sus ojos saltones adoptaron una expresión alarmada.

–Bueno, ella no hubiera querido que hablase de ello, pero me habló de ti a menudo, y ahora que ha fallecido me preguntaba si

Minotauro

te habría dejado un mensaje. O si dispuso las cosas para que en cierto modo pudieras sustituirla en su ausencia.

–¿Qué quieres decir?

–Diseñaste muchos de los terrarios de este lugar, y ahora forman el grueso del Acuerdo Mondragón. Saben que eras persona de confianza de Alex, y quizá prestaran atención a tus palabras. Así que... posiblemente puedas acompañarme y conocer a cierta gente.

–¿Adónde? ¿A Saturno?

–A Júpiter, de hecho.

–No quiero hacerlo. Aquí tengo mi vida, mi trabajo. De joven viajé bastante por todo el sistema.

Él esbozó una sonrisa desdichada.

–Y... ¿estás segura de que Alex no te dejó nada? ¿Algo para mí, por si le pasaba algo?

–¡Sí, estoy segura! ¡No hay nada! No hubiera sido propio de ella.

Él hizo un gesto de negación con la cabeza. Se sentaron en silencio mientras el tranvía se deslizaba por la oscura superficie de Mercurio. Hacia el norte, algunas de las cimas más elevadas centelleaban blancas con el reflejo del sol naciente. Entonces, la cima de la cúpula de Terminador asomó por el horizonte, como la cáscara de un huevo transparente. Cuando se impuso sobre el horizonte, la ciudad adoptó el aspecto de un globo níveo, o de una nave dentro de una botella: un buque marino que surca las aguas de un mar negro, atrapado en una burbuja de luz verde.

–A Tintoretto le habría gustado tu ciudad –opinó Wahram–. Parece una especie de Venecia.

–No, en absoluto –replicó Cisne, molesta, esforzándose por pensar con claridad.

Minotauro

TERMINADOR

Terminador gira en torno a Mercurio como los caminantes solares, moviéndose a la velocidad de rotación del planeta, planeando sobre veinte gigantescos raíles elevados, que juntos empujan y guían hacia poniente una ciudad bastante mayor que Venecia. Los veinte raíles discurren alrededor de Mercurio como el prieto anillo de boda de una novia, sin apartarse mucho de los cuarenta y cinco grados de latitud sur, pero trazando amplios desvíos al sur y al norte para evitar los trechos del terreno que son especialmente accidentados. La ciudad se desplaza a un promedio de cinco kilómetros por hora. La parte inferior de la ciudad encaja en la vía con un juego tan concreto que las vías de acero austenítico inoxidable la empujan constantemente al oeste, a las vías más estrechas que permanecen en la sombra. La poca resistencia que se genera en este movimiento da pie a buena parte de la electricidad de que disfruta la urbe.

Desde lo alto del Muro del Alba, que es una altura plateada que forma el extremo oriental de la ciudad, puede apreciarse cómo se extiende hacia el oeste toda ella, verde bajo la cúpula translúcida. La ciudad ilumina el sombrío paisaje que se extiende a su alrededor con su luz pasajera; se aprecia la iluminación, excepto en esos momentos en que los altos riscos a poniente de la urbe devuelven el reflejo de la luz horizontal. Incluso esos meros alfilerazos del alba igualan con creces las luces artificiales encendidas en el interior de la cúpula. Durante estos parpadeos del accidentado terreno no hay nada que posea sombra; el espacio se vuelve extraño. Luego se superan los espejos, la luz cede. Estos cambios de iluminación constituyen una parte significativa de la sensación de movimiento que se experimenta en Terminador, porque el desplazamiento sobre los raíles es muy suave. Los cambios de luz, las leves oscilaciones en la inclinación, hacen que se tenga la impresión de que se está en un barco que navega por

Minotauro

un océano negro cuyo oleaje es tan imponente que al pie de la ola el barco se adentra en la noche, para asomar al día cuando corona la cresta.

La ciudad se desliza para completar una revolución cada 177 días. Vuelta tras vuelta no hay cambios a excepción de la tierra en sí; y la tierra sólo cambia porque entre los caminantes solares se cuentan artistas paisajistas que han salido dispuestos a pulir la superficie de espejo de los riscos, a grabar petroglifos, a erigir dólmenes, monumentos de piedra, monumentos con forma humana, a colocar bloques y cables metálicos que se fundirán a la luz del día. Así caminan y se desplazan continuamente los ciudadanos de Terminador por su mundo, recomponiéndolo día a día en algo más expresivo que sus pensamientos. Aunque todas las ciudades, y todos sus ciudadanos, se comportan de igual modo.

Minotauro

CISNE Y ALEX

Al día siguiente, Cisne volvió al laboratorio de Mqaret. De nuevo lo encontró con la mirada perdida clavada en un punto indefinido. De pronto, Cisne comprendió que era un alivio tener algo por lo que enfadarse.

Mqaret se levantó al verla.

–¿Qué tal tu viaje con Wahram?

–Es lento, brusco y autista. Un plomo.

Mqaret esbozó la promesa de una sonrisa.

–Pues escuchándote, cualquiera diría que lo encontraste interesante.

–Por favor.

–Bueno, te aseguro que Alex sí lo hacía. Hablaba de él a menudo. Algunas veces me dio a entender sin ambages que estaban metidos en asuntos que ella consideraba muy importantes.

Esto hizo reflexionar a Cisne, tal como Mqaret pretendía.

–Abuelo, ¿puedo echar otro vistazo en su despacho?

–Claro.

Minotauro

Cisne recorrió el pasillo hasta la puerta que daba al despacho de Alex, entró y la cerró. Se dirigió a la única ventana que había y contempló la ciudad, las tejas y los patios verdes que se divisaban desde ese punto.

Anduvo por el despacho, mirándolo todo. Mqaret no había tocado nada. Se preguntó si llegaría a hacerlo, y si lo hacía, cuándo lo haría. Todas las cosas de Alex estaban tan desordenadas como de costumbre. Su ausencia era una especie de presencia; de nuevo sintió una punzada en el pecho y tuvo que sentarse.

Al cabo de un rato, se levantó e inició un examen más metódico. Si Alex le había dejado algo, ¿dónde lo habría dejado? Cisne no tenía ni idea. Alex siempre se esforzó por mantener todo lo

relacionado con el trabajo al margen de las conexiones, fuera de la nube, no registrado, experimentado únicamente en la inmediatez del momento presente. Pero si realmente había sido fiel a ese método, tenía que haber ideado una manera. Conociéndola, podría tratarse de una carta, una nota de papel, por ejemplo, abandonada allí mismo, en la superficie del escritorio.

Así que Cisne rebuscó en las montañas de papeleo que había en el escritorio, sin dejar de pensar en ello. Si tenía información que quería legar de algún modo a Cisne, sin que Cisne supiera exactamente de qué se trataba... Si había muchos datos... posiblemente se trataba de algo que iba más allá de una simple nota. Posiblemente querría que sólo Cisne diera con ella.

Empezó a dar vueltas por la estancia, hablando sola, mirándolo todo con mayor atención. La Inteligencia Artificial sabría que el despacho estaba ocupado únicamente por una sola persona y, por la voz y la retina, sería capaz de reconocer su identidad.

Había un cuarto de baño diminuto contiguo al despacho, con una pila y un espejo. Entró en él.

–Aquí estoy, Alex –dijo Cisne, entristecida–. Aquí estoy si me necesitas.

Miró el espejo de pared, luego el pequeño espejo con forma de óvalo situado de pie en el estante que había junto a la pila. Los ojos de Cisne, tristes, inyectados en sangre.

Se abrió el joyero que estaba junto al espejo con forma de óvalo. Cisne reculó asustada. Pasado el susto, recuperó la presencia de ánimo. Miró el joyero. Asomaba una bandeja; tiró de ella hacia sí. Debajo había tres sobrecitos de color blanco. Todos tenían escrito en un lateral «En caso de mi muerte»; en el extremo opuesto había escrito «Para Mqaret», «Para Cisne» y «Para Wang, de Ío» respectivamente.

Con mano temblorosa, Cisne tomó el sobre dirigido a ella y lo abrió. Dos pequeñas pastillas de datos se deslizaron por el papel blanco. Una de ellas murmuraba: «Cisne, Cisne, Cisne». Cisne se la llevó al oído y apretó los dientes con fuerza mientras rompía a llorar.

«Querida Cisne, siento que tengas que escuchar eso», dijo la voz de Alex. Era como oír la voz de un fantasma. Cisne se cruzó de manos a la altura del pecho.

La vocecilla continuó:

«Lo siento mucho, entre otras cosas, porque si lo haces es porque he muerto. La IA de mi despacho ha oído la noticia de mi muerte y sabe que debe abrir esta caja si entras aquí sola. No

Minotauro

se me ocurrió mejor plan. Siento tener que importunarte de este modo, pero es importante. Considéralo un seguro, porque tengo varios asuntos en marcha que mi muerte no puede frenar, y no quiero poner al corriente a nadie más aquí. Además, a nuestra edad puedes morirte en cualquier momento, así que prefiero curarme en salud, por así decirlo. Si me estás escuchando, necesito tu ayuda. Por favor, lleva a Ío el sobre para Wang, y entrégaselo en persona. Wang y yo y unos pocos más trabajamos juntos en un par de proyectos muy importantes, y hemos estado intentando mantenerlo todo fuera de la nube, lo que resulta muy complicado cuando se vive tan lejos. Me ayudarías mucho si se lo llevaras. Pero, por favor, no lo comentes con nadie. Además, si dejaras que Pauline leyera el otro chip que encontrarás en el sobre, y luego lo destruyeras, serviría como copia de seguridad. Ambas pastillas son de lectura única. Odio tener que hacer esto, por insignificante que parezca. Pero sé que no sueles unir a Pauline con otros qubos, y si siguieras haciéndolo así sería mejor para nuestro plan. Wang te dará más detalles, al igual que Wahram, de Titán. Adiós, Cisne mío. Te quiero.»

Eso era todo. Cisne intentó reproducirlo de nuevo, pero el contenido se había borrado.

Introdujo la otra pastilla en la membrana de Pauline, en el pliegue de piel situado en la base del cuello. Cuando Pauline dijo «Hecho», guardó las dos pastillas vacías y los otros dos sobres en el bolsillo y fue a ver a Mqaret.

Lo encontró en su despacho, atento a la imagen tridimensional de algo que parecía ser una proteína.

–Mira lo que he encontrado –dijo Cisne, que explicó lo sucedido.

–Esa caja estaba cerrada –comentó Mqaret–. Sabía que era su joyero, y supuse que tarde o temprano encontraría la llave.

Se quedó mirando el sobre, sin prisas aparentes por abrirlo; era posible que incluso temiese hacerlo. Cisne, discreta, salió del despacho.

–Pauline –dijo tras salir–, ¿tienes el contenido de la pastilla?

–Sí.

–¿Qué información incluye?

–Tengo instrucciones de transmitirla al qubo de Wang, en Ío.

–Dime sólo de qué se trata, aunque sea a grandes rasgos.

Pauline no respondió, y al cabo de un rato Cisne la maldijo y la apagó.

Ambas pastillas habían quedado inertes; el fantasma de Alex

Minotauro

se había ido. Cisne no lo lamentaba. La emoción de escuchar la voz de Alex hablándole aún la hacía temblar.

Volvió a entrar en el despacho de Mqaret. Estaba lívido, con los labios prietos. Levantó la vista hacia ella y preguntó:

–¿Te ha dado algo para que lo lleves a Ío?

–Sí. ¿Sabes de qué se trata?

–No, pero sé que Alex trabajaba con un grupo de personas muy afines. Wahram formaba parte de ese grupo, y también Wang.

–¿Y a qué se dedicaban?

Mqaret se encogió de hombros.

–No compartía conmigo esas cosas. Pero sí me parecía que era muy importante para ella. Algo relacionado con la Tierra, creo.

Cisne lo meditó unos instantes.

–Si se trataba de algo importante, y conservaba los datos sin conexión, debió de suponer que su muerte podía causar problemas. Por ese motivo nos ha dejado estas grabaciones.

–Era como un fantasma –dijo Mqaret, tembloroso–. Me ha hablando.

–Sí –admitió Cisne, incapaz de añadir más–. En fin, supongo que voy a tener que llevar a Ío el tercer sobre que me ha dejado, tal como quería que hiciera.

–Bien –dijo Mqaret.

–Ahora que lo pienso, Wahram ya me ha pedido que lo acompañe. Y no dejó de preguntarme si Alex nos había dejado algo.

Mqaret asintió.

–Él formaba parte de ello.

–Sí. Y también esa inspectora. Así que supongo que iré. Pero no creo que quiera ponerle al corriente de estos mensajes. Alex no mencionó nada al respecto.

–Puede que el hecho de que decidas hacer ese viaje le dé una pista.

–Pues que le dé una pista.

Mqaret la miró con una mirada de complicidad.

–Vas a tener que desempeñarte como mejor puedas. Puede incluso que tengas que implicarte y hacer algunas de las cosas que hubiese hecho Alex.

–¿Cómo voy a hacerlo? Nadie podría.

–No lo sabes. Pauline te ayudará, y tal vez también lo haga ese titán tuyo. Y si tienes que actuar en lugar de Alex... Eso a ella le habría gustado.

–Puede que sí. –Cisne no estaba tan segura.

–Alex tenía un plan. Siempre tenía un plan.

Minotauro

Cisne exhaló un suspiro, profundamente dolida de nuevo por la ausencia de Alex. Aquellos espectrales mensajes ni siquiera llegaban a poder considerarse un sustituto adecuado de ella.

–De acuerdo. Iré a visitar al tal Wang.

–Muy bien. Y prepárate para actuar.

Cisne averiguó dónde se alojaban los diplomáticos procedentes de otros mundos que permanecían aún en la ciudad, y se dirigió al lugar donde se encontraba la delegación de Saturno. Nada más entrar en el patio, se topó con Wahram, que charlaba cabizbajo con la menuda inspectora de policía, Jean Genette. Le sorprendió verlos juntos, y había algo en su lenguaje corporal que le dio a entender que se conocían bien. Cualquiera los habría considerado compañeros de conspiración.

Cisne se les acercó con las mejillas encarnadas.

–¿Y esto? –preguntó con tono de exigencia–. No sabía que os conocierais.

Al principio, ninguno de ellos respondió. Al cabo, la inspectora hizo un gesto con la mano.

–Fitz Wahram y yo colaboramos a menudo en varios asuntos relativos al sistema. Estábamos decidiendo si visitar a un conocido que tenemos en común.

–¿Wang? –preguntó Cisne–. ¿Wang, de Ío?

–Vaya... Pues sí –respondió la inspectora, mirándola con curiosidad–. Wang es un socio nuestro, y también lo fue de Alex. Trabajábamos juntos.

–Tal como te mencioné cuando volvíamos de Tintoretto –dijo Wahram con su grave croar.

–Sí, claro –dijo Cisne con cierta brusquedad–. Me pediste que te acompañara en el viaje sin explicarme en realidad por qué.

–Bueno... –El ancho rostro del hombre sapo adoptó una mueca incómoda–. Es verdad, pero es que, verás, hay motivos para mostrarse discreto... –Bajó la mirada hacia Genette, en busca de apoyo.

–Iré –dijo Cisne, interrumpiendo la mirada–. Quiero ir.

–Ah. –Wahram dirigió una nueva mirada fugaz a Genette–. Espléndido.

Minotauro

Extractos (1)

Toma un asteroide que tenga al menos treinta kilómetros en su eje largo. Cualquiera servirá: roca sólida, hielo y roca, metal, incluso bolas de hielo, aunque cada uno presenta problemas distintos.

En un extremo del asteroide une un excavador autosuficiente, y, con él, perfora su eje más largo. En todo momento la pared que se extiende desde la perforación debe conservar al menos dos kilómetros de grosor. Refuerza la integridad del interior con una capa de materia dura de la resistencia adecuada.

A medida que efectúes la perforación del interior, recuerda que el material sobrante excavado (dirigido hacia un punto de recuperación Lagrange, que se encargará de recogerlo todo) representará tu mejor opción de reposicionar tu terrario, si lo quieres en una órbita diferente. Almacena el exceso del material sobrante en la superficie para posteriores usos.

Una vez hueco el interior, practicado un cilindro de al menos cinco kilómetros de diámetro y diez de longitud (¡mejor cuanto mayor sea!), el equipamiento que llevó a cabo las labores de excavación regresará al acceso y allí se reconfigurará para convertirse en la unidad de propulsión de tu terrario. Dependiendo de la masa de tu nuevo mundo, tal vez quieras instalar un motor, un motor de antimateria para alcanzar la velocidad del rayo, o una placa de impulsión Orión.

Más allá del extremo frontal del cilindro, en la proa de tu nuevo terrario, instala una unidad a la altura del eje largo. Con el tiempo, el terrario girará a una velocidad de rotación calculada para crear el efecto de la gravedad en la superficie interna del interior del cilindro, de modo que cuando te encuentres dentro te veas empujado hacia el suelo como si de un campo gravitacional se tratara. Esto equivale a la fuerza de la gravedad. La unidad de proa se conectará entonces a la proa del terrario por un dispo-

Minotauro

sitivo de eje que impida girar a la unidad de proa y la mantenga clavada. Existirá la práctica ingravidez en esta cámara de proa, pero muchas funciones del terrario actuarán con mayor fluidez en ausencia de rotación, incluidas las maniobras de atraque, de navegación, la visión, etcétera.

Es posible construir un cilindro interior que gire independientemente en el interior de un asteroide no sometido a rotación, la configuración conocida por el nombre de rueda de rezo, lo cual te proporcionaría tanto un interior que disfruta de gravedad como un exterior con ausencia de rotación, pero resulta caro e innecesariamente complejo. No se recomienda, aunque hemos visto algunos que son eficaces.

Cuando la popa y la proa se instalan y configuran adecuadamente, y el asteroide inicia la rotación, el interior está preparado para someterse a la terraformación.

Empieza por espolvorear metales pesados y tierras raras, en la medida que se recomiende para la bioma que intentes crear. Sé consciente de que ninguna bioma terrestre empezó con los ingredientes simples de los que te servirás en un asteroide. Las biosferas necesitan sus vitaminas desde el principio, así que asegúrate de preparar la importación de la mezcla que desees, que por lo general incluye molibdeno, selenio y fósforo. A menudo se aplican como «bombas de riego», situadas en los ejes del espacio cilíndrico. ¡Procura no envenenarte cuando lo hagas!

Después, cubre el eje del cilindro con el cable solar del terrario. Se trata del elemento de iluminación, en el que la luz se mueve a cualquier velocidad que escojas. La parte de iluminación del cable solar suele empezar la jornada a popa del cilindro, después de un periodo adecuado de oscuridad (durante el cual, el tendido público desempeña el papel de la luz de las estrellas). La parte de iluminación del cable, con la intensidad deseada, lo atraviesa de popa a proa (o de este a oeste, tal como algunos la describen), tardando por lo general el mismo tiempo que un día terrestre, tal como se mide por la latitud de tu bioma en la Tierra. En el interior del terrario se experimenta adecuadamente el paso de las estaciones.

Ahora puedes gasificar el interior con la mezcla de gas y presión que desees, que suele estar comprendida entre 500 y 1100 milibares de presión, una medida similar a la mezcla de gases terrestres, con quizá un pellizco más de oxígeno, a pesar del aumento del riesgo de incendio que eso supone.

Después necesitas biomasa. Naturalmente contarás en tu

Minotauro

elenco de especias con los códigos genéticos completos de todas las criaturas que pretendes introducir en tu bioma. Por lo general, o bien recrearás una bioma terrestre, o bien una mezcla nueva, biomas híbridos que mucha gente denomina «Ascensiones» en homenaje a Isla Ascensión, en la Tierra, lugar donde se produjo el primer híbrido de estas características (¡obra accidental del propio Darwin, nada menos!). Todos los genomas de todas las especies de tu bioma particular estarán disponible para su impresión bajo demanda, exceptuando las bacterias, que sencillamente son demasiado numerosas y genéticamente mutables para ser categorizadas. Para ellas tendrás que aplicar el inoculante apropiado, un abono o sustancia compuesto por algunas toneladas de la mezcla bacterial que quieras.

Por suerte las bacterias crecen muy rápidamente en un nicho ecológico vacío, que es exactamente de lo que dispones en este momento. Para que resulte incluso más acogedor, rasca la pared interior de tu cilindro, pulveriza la roca con cuidado hasta que adquiera una consistencia comprendida entre la grava gruesa y la arena. Mezclada con un aerogel comestible, obtendrás la matriz de tu suelo. Deja aparte todo el hielo que hayas reunido tras rascar, excepto el necesario, una vez fundido, para humedecer la roca desmigajada. Luego añade el inoculante bacteriano y eleva la temperatura hasta los trescientos grados Kelvin. La matriz subirá como la levadura mientras se convierte en esa sustancia rara y deliciosa que conocemos por suelo. (Quienes deseen una explicación más detallada de cómo hacer suelo pueden consultar mi éxito de ventas titulado *Todo sobre la tierra*.)

Una vez tengas lista la base del suelo, tu bioma va bien encaminada. A partir de este momento los pasos a seguir varían, dependiendo de lo que andes buscando obtener en el punto álgido. Pero no me equivoco si digo que muchos diseñadores de terrarios empiezan con un terreno similar a un pantano, porque es el modo más rápido de aumentar el suelo y la biomasa de que dispongas. Si te corre prisa ocuparlo, éste suele ser un buen modo de empezar.

Una vez pones en marcha un pantano cálido, ya sea de agua salada o dulce, estás listo para cocinar a lo grande. Aumentarán los olores en tu cilindro, así como los problemas hidrológicos. En este momento puedes introducir poblaciones de peces, anfibios y demás animales aptos para este ambiente, y tendrías que aspirar a registrar un aumento del crecimiento de la biomasa. Pero llegado este punto tendrás que vigilar un peligro potencial: en

Minotauro

cuanto tengas el pantano en marcha, podrías enamorarte de él. Eso no te supondrá problema, pero sucede demasiado a menudo. En este momento contamos con demasiadas biomas estuario, y carecemos de las demás biomas que planeamos ingeniar aquí.

Así que procura mantener cierta distancia con tu proyecto; mantén el pantano sin población, o aléjate de él durante esta parte del proceso. O únete a un plan comercial en el que intercambies asteroides cuando se encuentren en este punto de su desarrollo, de modo que te enfrentes a otro que desees cambiar, puesto que ya no te sientes ligado a tu obra.

Con una robusta biomasa creada por el pantano, podrás entonces construir tierra, utilizando algunos de los materiales excavados que reservaste en la superficie del asteroide para cuando llegase este momento. Las colinas y las montañas tienen un aspecto estupendo y aportan textura, así que ¡atrévete! Este proceso redirigirá tu agua hacia nuevas hidrologías, y también es el mejor momento para introducir nuevas especies, también para exportar especies que ya no quieras, confiándolas a nuevos terrarios que puedan necesitarlas.

Así, con el paso del tiempo podrás transformar el interior de tu terrario en cualquiera de las 832 biomas identificadas como terrestres, o diseñar una Ascensión de factura propia. (Ojo, muchas de las Ascensiones acaban no dando la talla, como sucede con un bizcocho que no sube en el horno. Son tantas las claves para obtener una correcta Ascensión, que he tenido que escribir otro libro, titulado *¡Cómo mezclar y emparejar biomas!*, ya a la venta.)

Por último necesitarás realizar muchos ajustes de temperatura, orografía y especies para obtener la clase de clima estable que deseas. Puedes obtener cualquier paisaje posible; a veces los resultados son sencillamente increíbles. Invariablemente el conjunto del paisaje se curvará a tu alrededor, alzándose a ambos lados y encontrándose en lo alto, de modo que el aspecto que presentará el terreno te envolverá como una obra de arte, un goldsworthy inscrito en el interior de la roca, como una geoda o un huevo de Fabergé.

Obviamente también cabe la posibilidad de hacer interiores que sean completamente líquidos. Algunos de estos acuarios u oceanarios incluyen archipiélagos; otros están completamente hechos de agua, incluso sus paredes, que a veces están congeladas hasta volverlas translúcidas, de tal modo que cuando te acercas parecen diamantes o gotas de agua que flotan en el espacio. El centro de algunos acuarios carece de bolsa de aire.

Minotauro

En cuanto a los aviarios, todo terrario y la mayoría de los acuarios también son aviarios; en ellos abundan las aves hasta el límite de su capacidad. Existen cincuenta mil millones de aves en la Tierra, veinte mil millones en Marte; nosotros en el terrario podríamos superar la suma de ambos.

Cada terrario funciona como un parque isla para los animales que lo pueblan. Las Ascensiones provocan hibridación y, con el tiempo, dan pie a nuevas especies. Las biomas más tradicionales conservan especies que en la Tierra están en peligro de extinción o que se han extinguido en su entorno salvaje. Algunos terrarios incluso parecen parques zoológicos; son más los que parecen simples parques, y la mayoría son una mezcla de parque y espacio humano con hábitats reticulares que potencian la vida de la bioma. Como tales, estos espacios resultan cruciales para la humanidad y la Tierra. Y también existen los terrarios totalmente volcados en la agricultura, mundos granja dedicados a la producción de lo que se ha convertido en un gran porcentaje del alimento que se consume en la Tierra.

Es necesario tener en cuenta estos hechos, y también disfrutarlos. Preparamos nuestros modestos mundos burbuja por el simple placer de hacerlo, igual que uno cocinaría una buena comida, o construiría cualquier cosa, o cuidaría del jardín, pero también constituye un nuevo hito histórico, y el centro neurálgico del Accelerando. ¡No podría recomendarlo más! Aunque la inversión inicial no es despreciable, ahí fuera quedan aún muchos asteroides sin propietario.

Minotauro